

Lo evasivo del inconsciente y la certeza del “parlêtre”

Marc Strauss

Estimada Dominique

El tiempo, es lo que realmente me falta, lo que me hace difícil escribirte, como me pediste, un preliminar sobre este tema. No es que tenga la pretensión de crearme más ocupado que nos demñas, que tu, por ejemplo, que tienes a tu cargo la preparación de este Encuentro tan importante para el porvenir de nuestros Foros y Escuela. Pero cuando digo que el tiempo me falta, es que se me escapa y que no consigo atraparlo. ¿Cómo entonces, a fortiori, escribir algo acerca de él?

¿Será que lo perdí? Quizás lo tuve un tiempo y, para mi horror, lo dejé escapar sin darme cuenta, o sin medir su valor, pues de lo contrario habría puesto más atención... Ah, juventud loca, cantaba François Villon! Pero también, feliz juventud, cuando la urgencia no era la misma. Entonces tenía prisa por acumular el máximo de experiencia, mientras que hoy es el poco tiempo que me queda el que me apremia; y todo el tiempo que ya no tengo más el que me oprime...

Pero, en serio: ¿es que alguna vez lo tuve este tiempo? Cuando era joven, no me parecía sensato entretenerme sobre el hecho de que ya había perdido el tren una primera vez. Como que este tren podía reaparecer en cualquier instante y por nada del mundo quería perderlo de nuevo. Esto sólo se ceñía a esta terrible primera vez, cuyo recuerdo me dolía demasiado, pero que sabía que no querría para nada volverla a vivir.

Por lo demás, ¿qué hice para que las cosas pasaran así? ¿Falle o no? Aunque, si es evidente que no logré aprovechar este instante que pasaba, eso no fue por falta de voluntad, sino por ignorancia, lo que habría vuelto imperdonable un nuevo fracaso. Veán en este sentido a Freud, infatigable a la hora de recorrer los sutiles meandros de las novelas familiares que se ofrecían a su ecucha.

Lacan: Todo eso no nos lleva muy lejos. No más lejos que a alimentar aun y aun¹ el tema de la falta, con su simulacro de proceso en el que se agitan jueces y abogados a las órdenes de un director de escena que se atribuye el papel del acusado, entonces presunto inocente, y por añadidura, para su mayor confort, mantenido fuera de juego, a la espera de un veredicto siempre diferido. Si hay una tesis que vale, esa es la de la falta. Una falta de estructura, es decir, gramática en primer lugar.

Es que la cuestión “¿qué hago?” sólo puede interrogarse a partir del “¿qué hice?”, donde el yo que me interroga ya no es más aquel que hacía, sino en

¹ “...encore et encore...” quizás podría traducirse aquí por “...más y más...”, pero creo que “... aun y aun...” rebela mejor la insistencia de lo pulsional. (NT)

mi recuerdo. Y aquel que me responde no es tanto aquel que ha hecho como aquel que se acuerda de ello más o menos, y además tiene en cuenta lo que quiere obtener o evitar de quien lo interroga. ¿Dónde estaba yo cuando hacía? ¿Y dónde estoy ahora?²

Resaltemos sin demora que todo eso vale para el “¿Qué he dicho?”, pues decir es también hacer algo.

Entonces el tiempo me divide, o mejor dicho, el tiempo y mi división son una sola y misma cosa. Decimos con Lacan que estoy dividido entre una pura ausencia y una pura sensibilidad, y que el nombre de esta división es el tiempo. Entonces, ¿qué soy? Más allá de lo que el otro me dice que he sido, y que no es eso...

Lacan ha formulado una respuesta a partir de su reflexión sobre el tiempo, del cual ha demostrado la estructuración lógica. Pero no se trata de la de 1945, desarrollada en su texto “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”, donde el sujeto encuentra su respuesta aun en el otro, no sin tener a cargo la prisa y las suspensiones que ésta impone. Se trata de la que formula el 29 de enero de 1964, en la tercera lección de su seminario “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, donde concluye con: “... una estructura temporal, de la que, bien puede decirse que, hasta ahora, nunca había sido articulada como tal.”

Después de veinte años pues, retoma la cuestión de una manera él no señala para nada inédita: “La aparición evanescente sucede entre los dos puntos, el inicial y el terminal, de este tiempo lógico: entre este instante de ver donde algo se elide siempre, se pierde incluso, en la intuición misma, y ese momento elusivo en que, precisamente, la aprehensión del inconsciente no concluye, en que se trata siempre de una recuperación engañosa”. Y concluye: “Así pues, ópticamente, el inconsciente es lo evasivo”³

Entre el instante de ver el color simplemente negro o blanco del disco de los otros dos prisioneros y el instante de ver lo elidido, por siempre perdido; entre el tiempo para comprender y la aparición evanescente; entre la prisa por concluir y el momento elusivo que no concluye: la diferencia es enorme, estarás de acuerdo conmigo, mi querida Dominique.

¿Y cuáles son las consecuencias sobre la concepción del sujeto, del síntoma, de la dirección de la cura, hasta su conclusión?, me preguntarás probablemente. Pero como aquí no se trata más que de un preliminar –te lo recuerdo– me conformaré con añadir que el acento puesto por Lacan sobre lo evasivo del inconsciente lo condujo muy lejos en las nuevas elaboraciones sobre lo real del objeto en juego en el psicoanálisis, pues le era necesario fundar la certeza del sujeto sobre algo muy distinto que sobre la cadena del mensaje del Otro. Lo que me permite proponerte un título en pocas palabras, si quieres uno: “Lo evasivo del inconsciente y la certeza del “parlêtre”.”

Si estas pocas observaciones reafirman tus ganas de ir más lejos sobre esta

² En español se pierde la con-fusión entre ser y estar, de modo que también podría traducirse por: “¿Dónde era...? ¿Dónde soy...?”

³ Las tres citas corresponden a El seminario de Jacques Lacan, Libro 11, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” pág 40, en Ed. Paidós

cuestión tan singular del tiempo en psicoanálisis, lo podremos hacer juntos bien pronto, en Sao Paulo. Y en la espera, nos deseo aun interesantes trabajos preliminares...

Marc Strauss

Traducción de Mauricio Bustos y Ramón Miralpeix